

## Tilden: las palabras que dieron voz a los intérpretes

Araceli Serantes Pazos  
Universidad de A Coruña  
[boli@udc.es](mailto:boli@udc.es)

Tuvieron que pasar casi 50 años para poder leer el libro de Freeman Tilden en castellano. Es una doble prueba de que algo importante está pasando: primero, que ya somos muchos hispano-hablantes trabajando en el ámbito de la interpretación, “devorando” las reflexiones de los clásicos y aportando nuestra experiencia, quizás singular, demostrando que no sólo en los países anglosajones está consolidada esta disciplina; la segunda, y no menos importante, que existe una Asociación –para la Interpretación del Patrimonio, claro– capaz de asumir el reto de traducir a los “clásicos” y que nos da la oportunidad a los hispanos de expresarnos con voz propia a través de este *Boletín*... pequeñas acciones con gran repercusión. Esta es mi forma de celebrar la edición del primer libro de la AIP, “interpretando” las palabras de quien dio voz a un colectivo que quizás no tuviese conciencia de su buen hacer.

El prólogo de la Primera Edición en Español, así como los otros tres, exponen con claridad y acierto el contenido y contexto de este libro. Nos encontramos con la exposición y concreción de los principios, orientaciones y técnicas de la interpretación, trabajo realizado por un pionero y que medio siglo después sigue vigente.

*La interpretación de nuestro patrimonio* es el resultado de un intenso análisis del trabajo profesional de los guías del Servicio de Parques Nacionales norteamericano, a partir del cual, el autor sintetiza todos aquellos recursos y metodologías que considera exitosas para comunicar de forma eficaz.

Se trata de un trabajo de *investigación*, en el sentido clásico: observación, entrevistas, recogida de datos, análisis, conclusiones... para reconstruir a partir de la práctica y de la experiencia qué es la interpretación; sin embargo, por su estructura y estilo, el libro no es un informe académico, sino el primer manual de cómo realizar una comunicación interesante, motivadora y que sirva para gestionar mejor el recurso, es decir, una “guía del bien hacer”.

Lo más destacable, para mí, es el esfuerzo de darle a la interpretación un formato de disciplina y, por lo tanto, de introducir esta práctica en el mundo de lo “científico”. De formas de hacer y de pensar sobre la práctica, de la intuición y el ensayo-error, a una “didáctica” del trabajo con los y las visitantes y a una “didáctica” de la exposición de la información –oral o escrita– de forma revelante para personas que se acercan en su tiempo libre a conocer un espacio o un objeto de interés patrimonial, sin más expectativa que pasar un buen rato y, de paso, conocer algo del lugar.

Este libro podría definirse como una síntesis del *sentido común*: recoge las experiencias de bastantes guías con los que el autor habló para saber el porqué de su

actuación, observó la forma de trabajar de otros tantos, y se dio cuenta de que eran muchos los que se dirigían al público de manera similar. Desde esta perspectiva podríamos definirlo como un “estudio de casos”. Su aportación ha sido racionalizar, sintetizar y expresar que había en común en todas esas prácticas exitosas: exponer los “lugares comunes” para así construir una “teoría”.

Es digno de destacar los ejemplos geniales que ilustran los conceptos e ideas que quiere resaltar. El autor no es un mero relator de hechos, sino que juzga las distintas formas de dirigirse al público visitante y se compromete, tanto en las definiciones, como en las valoraciones: los ejemplos son muy clarificadores de lo que nos quiere comunicar.

Es gratificante reencontrarse con eternos debates (si la interpretación es información, si es educación...) y, sobre todo, observar posturas razonables y serenas, con las que podemos estar de acuerdo, o no, pero sin duda, provocadoras de revisiones, ahora, 50 años más tarde: nos recuerda que este libro no pretende ser definitivo, ni poner límites (pág. 36). “La materia prima de la interpretación es la información” (pág. 54), “el objetivo de la interpretación es la provocación, el de la educación la instrucción”, “hay que identificar claramente qué persigue el público y por lo tanto si se debe interpretar o sólo informar”... el debate está servido.

Otra de las ideas recurrentes, y tan defendida años más tarde por la UNESCO o la Unión Europea, es la “educación durante y para toda la vida”: es decir, espacios de aprendizaje fuera del aula y más allá de la edad escolar. Y como novedad, no sólo se refiere al derecho de todos y todas a aprender a lo largo de nuestra vida, sino que además presenta al intérprete como un investigador, que se nutre y crece a través de “una selección bien dirigida de hechos”.

Uno de los puntos que quizás necesiten ser abordados con menos pasión y más objetividad es precisamente cuando se refiere a “la necesaria pasión, mucho más que un ingrediente” y a la interpretación como “arte”: “no con los nombres de las cosas, sino revelando el alma de las cosas [...] Este empleado temporal amaba con pasión todo el entorno que mostraba y describía; transmitía ese amor y lo traducía en comprensión” (pág. 74). Defender la pasión, o el arte como elementos fundamentales para la interpretación podría resultar peligroso, por tratarse de habilidades o valores difícilmente “enseñables” o “aprendibles”, lo que en cierto modo resultaría reduccionista: *o se nace con este don o uno/una se dedica a otros menesteres*. Mas el autor, cauto, habla de unos principios básicos a los que los intérpretes puedan recurrir para realizar un buen trabajo aunque ese día “no estén inspirados” (pág. 29), es decir, sin renunciar a esa faceta artística e innata con la que cuentan muchos intérpretes y los convierte en geniales, considera viable “aprender” a ser un buen profesional.

Lejos de resultar “integrista”, creo este libro nos permite ser “revisionistas”, porque Freeman Tilden ha hecho una valiente aportación en el campo: se ha atrevido a definir y a acotar conceptos, lo que significa que nos ha hecho herederos de continuar su obra, actualizando y adaptando esos principios a realidades tan diversas como en las que

nos movemos los intérpretes y a tiempos tan cambiantes como los presentes. Un reto que la AIP ha hecho suyo al recuperar y traducir sus aportaciones: que sea un punto de encuentro y ¡un avance!

---

## ¿Tiene algo que decir el público sobre la divulgación del patrimonio arqueológico? Un estudio piloto en Castilla y León

Ana M<sup>a</sup> Mansilla Castaño  
[anamansillac@hotmail.com](mailto:anamansillac@hotmail.com)

El lema no explícito de “todo para el público, pero sin el público” funciona. Para rellenar esta laguna se planteó un estudio piloto, dentro de una investigación más amplia sobre la divulgación del patrimonio arqueológico en Castilla y León. Se partía de un tipo concreto de público: los miembros de una asociación cultural durante sus visitas por rutas arqueológicas de Castilla y León, para conocer sus discursos, cuáles eran sus ideas, sus intereses, en qué términos se expresaban. Se trataba de incorporar la dimensión cualitativa. El porqué de elegir este tipo específico de público: 1) para alejarse de la etiqueta de “público general” y 2) porque al optar por un público motivado, interesado por el patrimonio, surgirían reflexiones sobre públicos menos motivados.

Se optó por las entrevistas informales y la observación participante como metodología. Se realizaron cinco visitas entre 2001 y 2002. Al perfil inicial de miembros de la Asociación de Amigos del Patrimonio de Castilla y León se añadieron posteriormente otros dos tipos de grupo, escolares de primaria del Liceo Francés de Valladolid y jubilados y amas de casa, en su mayoría, del Círculo Católico de Zamora.

Se trató de visitas tanto por rutas exclusivamente arqueológicas, que incluían yacimientos y aulas arqueológicas, como la Ruta por los Valles de Zamora y la Ruta de las Fortificaciones de Frontera en Salamanca, como otras que incluían otro tipo de patrimonio, como en la Ruta por las Médulas y Astorga en León o la Ruta por Pedraza y la Cueva de los Enebralejos en Segovia. Se recogieron los comentarios y actitudes durante la visita. Se prestó atención a varias categorías temáticas: los aspectos positivos y negativos, las ideas sobre el patrimonio arqueológico, la dimensión relacional y las actitudes.

Esta experiencia ha supuesto aportaciones interesantes: 1) Ha permitido conocer a un público concreto, un grupo de miembros de una asociación cultural, ligada a la protección del patrimonio cultural e interesado por el patrimonio arqueológico; 2) ha mostrado algunas características dentro del marco de las denominadas percepciones populares sobre la arqueología y los

arqueólogos; 3) ha evidenciado algunas de las debilidades y dificultades de las visitas en la práctica y 4) ha permitido conocer más la relación del público con los discursos divulgativos y los instrumentos de los mismos, especialmente en cuanto al cambio de actitudes e incorporación de nuevas ideas.

Los aspectos más valorados son los de **carácter práctico y personal**. La **buena organización de la visita, la atención por parte de los encargados y los guías**. Éstos responden a tres diferentes esquemas: guía acompañante, guía turístico y guía intérprete. Cuando se responde en mayor o menor grado a estas tres dimensiones la valoración es más alta y al alejarse de este modelo comienzan las críticas. Los **aspectos negativos** pueden resumirse en uno, la **insatisfacción de las expectativas**. Desde el punto de vista de la accesibilidad, se tiende a paralelizar la visita a un yacimiento con otro tipo de visitas. Acercarse a yacimientos en el campo, se entiende como bajarse del autobús y hacer el menor recorrido en perfectas condiciones.

El **patrimonio monumental** es el referente. Tanto en su discurso, como en la práctica de visitas, son otros tipos de patrimonio, castillos y ciudades monumentales, más que los yacimientos arqueológicos los que se imponen. Se asume la idea de su riqueza, y la falta de una adecuada difusión. Comparten una cierta sensación de “hartazgo” ante la repetición de modelos expositivos de éxito. Habría que repensar si la dispersión geográfica de centros de interpretación o exposiciones temporales demasiado parecidos, no alejan a un público con sensación de *déjà vu*.

También hay un **interés por la Historia con mayúscula** de los grandes personajes, más que por la vida cotidiana, lo que puede repercutir en el tipo las expectativas de una arqueología espectacular. Lo que obligaría a prestar una mayor atención a la divulgación de vida cotidiana en el pasado. **Se aprecia un claro interés por lo antiguo y lo auténtico**, por distinguir lo auténtico de lo que no lo es. En este contexto hay que situar la dificultad del público no especializado para leer los restos arqueológicos y distinguir las partes originales de las reconstruidas. Cuando, de hecho, no es habitual señalar de forma clara las diferentes partes o sí se hace con diferentes materiales o algún tipo de marcador, explicitarlo.

A la hora de valorar las ideas sobre el patrimonio arqueológico que el público puede compartir, es importante tener en cuenta la **influencia de los medios de comunicación** y recordar que el referente arqueológico por excelencia es Atapuerca. En relación con la valoración y protección del patrimonio arqueológico las explicaciones de los guías son fundamentales, de cara a la concienciación sobre los problemas reales que le afectan: vandalismo, mala conservación, desinterés. También su potencial atractivo turístico en relación con los otros patrimonios, natural y etnográfico, así como la integración con los distintos espacios divulgativos del patrimonio arqueológico y con otras rutas. Se trata de dos temas que, junto a la explicación de qué es la arqueología y cuál es la labor de los arqueólogos, no siempre se desarrollan suficientemente en los espacios divulgativos, siendo fundamental su explicación *in situ*.